

México, 6 de Octubre de 1816.—Pase á la censura del señor alcalde del crimen D. Felipe Martínez.—Una rúbrica.

Exmo. Sr.—He visto y reconocido el cuarto tomo del “Periquillo Sarniento:” todo lo rayado al márgen en el capítulo primero en que habla sobre los negros, me parece sobre muy repetido, inoportuno, perjudicial en las circunstancias, é impolítico por dirigirse contra un comercio permitido por el rey: igualmente las palabras rayadas al márgen y subrayadas en el capítulo tercero deberán suprimirse: por lo demás no hallo cosa que se oponga á las regalías de S. M., y V. E., si fuere servido, podrá conceder su superior licencia para que se imprima. México, 19 de Octubre de 1816.—*Martínez.*

México, 29 de Noviembre de 1816.—No siendo necesaria la impresion de este papel, archívese el original y hágase saber al autor que no ha lugar á la impresion que solicita.—Una rúbrica—
Fecha.—Una rúbrica.

VIDA Y HECHOS

DE

PERIQUILLO SARNIENTO,

ESCRITA POR EL

PARA SUS HIJOS.

CAPITULO I.

Refiere Periquillo su conducta en Manila: el duelo entre un inglés y un negro, y una discusioncilla no despreciable.

EXPERIMENTAMOS los hombres unas mutaciones morales en nosotros mismos de cuando en cuando, que tal vez no acertamos á adivinar su origen, así como en lo físico palpamos muchos efectos en la naturaleza y no sabemos la causa que los produce, como sucede hasta hoy con la virtud atractiva del imán y con la eléctrica: por eso dijo el poeta que era feliz quien podia conocer la causa de las cosas.

Pero así como aprovechamos los efectos de los fenómenos físicos sin más averiguacion, así yo aproveché en Manila el resultado de mi fenómeno moral, sin meterme por entónces en inculcar su origen.

El caso fué, que ya por verme distante de mi patria, ya por libertarme de las incomodidades que me acarrearía el servicio en la tropa por ocho años, á que me sujetaba mi condena, ó ya por el fa-

moso tratamiento que me daba el coronel, que seria lo más cierto, yo procuré corresponder á sus confianzas, y fuí en Manila un hombre de bien á toda prueba.

Cada día merecia al coronel más amor y más confianza; y tanta llegué á lograr, que yo era el que corria con todos sus intereses, y los giraba segun queria; pero supé darme tan buenas trazas, que lejos de disiparlos, como se debia esperar de mí, los aumenté considerablemente comerciando en cuanto podia, con seguridad.

Mi coronel sabia mis industrias; mas como veía que yo no aprovechaba nada para mí, y ántes bien tenia sobre la mesa un libro que hice y titulé: *Cuaderno económico donde consta el estado de los haberes de mi amo*, se complacia en ello y acarrea la honradez de su hijo. Así me llamaba este buen hombre.

Como los sugetos principales de Manila veian el trato que me daba el coronel, la confianza que hacia de mí y el cariño que me dispensaba, todos los que apreciaban su amistad me distinguian y estimaban en más que á un simple asistente, y este mismo aprecio que yo lograba entre las personas decentes, era un freno que me contenia para no dar que decir en aquella ciudad. Tan cierto es que el amor propio bien ordenado no es un vicio, sino un principio de virtud.

Como mi vida fué arreglada en aquellos ocho años, no me acaecieron aventuras peligrosas ni que merezcan referirse. Ya os he dicho que el hombre de bien tiene pocas desgracias que contar. Sin embargo, presencié algunos lancecillos no comunes. Uno de ellos fué el siguiente:

Un año, que con ocasion de comercio habian pasado del puerto á la ciudad algunos extranjeros, iba por una calle un comerciante rico, pero negro. Debia de ser su negocio muy importante, porque iba demasiado violento y distraido, y en su precipitada carrera no pudo escuzarse de darle un encontron á un oficial inglés que iba

cortejando á una criollita principal; pero el encontron ó atropellamiento fué tan recio, que á no sostenerlo la manileña, va á dar al suelo mal de su grado. Con todo eso, del esquinazo que llevó se le cayó el sombrero y se le descompuso el peinado.

No fué bastante la vanidad del oficialito á resistir tamaña pesadumbre, sino que inmediatamente corrió hácia el negro tirando de la espada. El pobre negro se sorprendió, porque no llevaba armas, y quizá creyó que allí llegaba el término de sus días. La señorita y otros que acompañaban al oficial lo contuvieron, aunque él no cesaba de echar bravatas, en las que mezclaba mil protestas de vindicar su honor ultrajado por un negro.

Tanto negreó y vilipendió al inculpable moreno, que éste le dijo en lengua inglesa: Señor, callemos; mañana espero á vd. para darle satisfaccion con una pistola en el Parque. El oficial contestó aceptando, y se serenó la cosa ó pareció serenarse.

Yo, que presencié el pasaje y medio entendia algo de inglés, como supe la hora y el lugar señalado para el duelo, tuve cuidado de estar puntual allí mismo por ver en qué paraban.

En efecto, al tiempo aplazado llegaron ámbos, cada uno con un amigo que nombraba padrino. Luego que se reconocieron, el negro sacó dos pistolas, y presentándoselas al oficial le dijo: Señor, yo ayer no traté de ofender el honor de vd.; el atropellarlo fué una casualidad imprevista: vd. se cansó de maltratarme, y aun queria herirme ó matarme: yo no tenia armas con que defenderme de la fuerza en el instante del enojo de vd., y conociendo que el emplazarlo á un duelo seria el medio más pronto para detenerlo y dar lugar á que se serenara, lo verifiqué y vine ahora á darle satisfaccion con una pistola como le dije.

Pues bien, dijo el inglés: despachemos, que aunque no me es lícito ni decente el medir mi valor con un negro, sin embargo, segu-

ro de castigar á un villano osado, acepté el desafío. Reconozcamos las pistolas.

Está bien, dijo el negro; pero sepa vd. que el que ayer no trató de ofenderlo, tampoco ha venido hoy á este lugar con tal designio. El empeñarse un hombre de la clase de vd. en morir ó quitar la vida á otro hombre por una vagatela semejante, me parece que lejos de ser honor es capricho, como lo es sin duda el tenerse por agraviado por una casualidad imprevista; pero si la satisfaccion que he dado á vd. no vale nada y es preciso que sea muriendo ó matando, yo no quiero ser reo de un asesinato, ni exponerme á morir sin delito, como debe suceder si vd. me acierta ó yo le acierto el tiro. Así, pues, sin rehusar el desafío, quede bien el más afortunado, y la suerte decida en favor del que tuviere justicia. Tome vd. las dos pistolas: una de ellas está cargada con dos balas, y la otra está vacía; barájelas vd., revuélvalas, déme la que quiera, partamos, y quede la ventaja por quien quedare

El oficial se sorprendió con tal propuesta; los testigos decian que éste no era el orden de los duelos: que ámbos debian reñir con armas iguales, y otras cosas que no convencian á nuestro negro, pues él insistia en que así debia verificarse el duelo para tener el consuelo de que, si mataba á su contrario, el cielo lo ordenaba ó lo favorecia para ello especialmente; y si moria era sin culpa, sino por la disposicion del acaso como pudiera en un naufragio. A esto añadia; que pues el partido no era ventajoso á nadie, pues ninguno de los dos sabia á quien le tocara la pistola descargada, el rehusar tal propuesta no podia ménos que deber atribuirse á cobardía.

No bien oyó esta palabra el ardiente jóven, cuando sin hacer aprecio de las reflexiones de los testigos, barajó las pistolas, y tomando la que le pareció, dió la otra al negro.

Volviéronse ámbos las espaldas, anduvieron un corto trecho, y

dándose las caras al descubrir, disparó el oficial al negro, pero sin fruto, porque él se escogió la pistola vacía.

Se quedó aturdido en el lance, creyendo con todos los testigos ser víctima indefensa de la cólera del negro; pero éste, con la mayor generosidad, le dijo: señor, los dos hemos quedado bien; el duelo se ha concluido: vd. no ha podido hacer mas que aceptarlo con las condiciones que puse, y yo tampoco pude hacer sino lo mismo. El tirar ó no tirar pende de mi arbitrio; pero si jamás quise ofender á vd., ¿cómo he de querer ahora viéndolo desarmado? Seamos amigos, si vd. quiere darse por satisfecho; pero si no puede estarlo sino con mi sangre, tome la pistola con balas y diríjalas á mi pecho.

Diciendo esto le presentó la arma horrible al oficial, quien conmovido con semejante generosidad, tomó la pistola, la descargó en el aire, y arrojándose al negro con los brazos abiertos, lo estrechó en ellos diciéndole con la mayor ternura: Sí, Mr., somos amigos y lo seremos eternamente: dispensad mi vanidad y mi locura. Nunca creí que los negros fueran capaces de tener almas tan grandes. Es preocupacion que aún tienen muchos sectarios, dijo el negro, quien abrazó al oficial con toda expresion.

Cuantos presenciarnos el lance nos interesamos en que se confirmara aquella nueva amistad, y yo, que era el ménos conocido de ellas, no tuve embarazo para ofrecerme por amigo, suplicándoles me recibieran en tercio, y aceptaran el agasajo que queria hacerles llevándolos á tomar un ponche ó una sangría en el café más inmediato.

Agradecieron todos mi obsequio y fuimos al café, donde mandé poner un buen refresco. Tomamos alegremente lo que apetecimos, y yo, deseando oir producir al negro, les dije: señores, para mí fué un enigma la última expresion que vd. dijo, de que jamás creyó que los negros fueran capaces de tener almas generosas, y la que

vd. contestó á ella, diciendo que era preocupacion tal modo de pensar, y cierto que yo hasta hoy he pensado como mi capitan, y apreciara aprender de la boca de vd. las razones fundamentales que tiene para asegurar que es preocupacion tal pensamiento.

Yo siento, dijo el prudente negro, verme comprometido entre el respeto y la gratitud. Ya sabe vd. que toda conversacion que incluya alguna comparacion es odiosa. Para hablar á vd. claramente es menester comparar, y entónces quizá se enojará mi buen amigo el señor oficial, y en tal caso me comprometo con él; si no satisfago el gusto de vd., falto á la gratitud que debo á su amistad, y así.....

No, no, Mr., dijo el oficial: yo deseo no solo complacer á vd. y hacerle ver que si tengo preocupaciones no soy indócil, sino que aprecio salir de cuantas pueda; y tambien quiero que estos señores tengan el gusto que quieren, de oír hablar á vd. sobre el asunto, y mucho más me congratulo de que haya entre vd. y yo un tercero en discordia que ventile por mí esta cuestion.

Pues siendo así, dijo el negro dirigiéndome la palabra, sepa vd. que el pensar que un negro es ménos que un blanco generalmente, es una preocupacion opuesta á los principios de la razon, á la humanidad y á la virtud moral. Prescindo ahora de si está admitida por algunas religiones particulares, ó si la sostiene el comercio, la ambicion, la vanidad ó el despotismo.

Pero yo quiero que de vdes., el que se halle más surtido de razones contrarias á esta proposicion, me argulla y me convenza si pudiere.

Sé y he leído algo de lo mucho que en este siglo han escrito plumas sábias y sensibles en favor de mi opinion; pero sé tambien que estas doctrinas se han quedado en meras teorías, porque en la práctica yo no hallo diferencia entre lo que hacian con los negros los europeos en el siglo XVII y lo que hacen hoy. Entónces la

codicia acercaba á las playas de mis paisanos sus embarcaciones, que llenaban de éstos, ó por intereses ó por fuerza: las hacian vomitar en sus puertos y traficaban indignamente con la sangre humana.

En la navegacion, ¿cuál era el trato que nos daban? El más soez é inhumano. Yo no quiero citar á vdes. historias que han escrito vuestros compatriotas, guiados de la verdad, porque supongo que las sabreis, y tambien por no estremecer vuestra sensibilidad; porque ¿quién oirá sin dolor que en cierta ocasion porque lloraba en el navío el hijo de una negra infeliz, y con su inocente llanto quitaba el sueño al capitan, éste mandó que arrojaran al mar á aquella criatura desgraciada, como se verificó con escándalo de la naturaleza?

Si era en el servicio que hacian mis paisanos y vuestros semejantes á los señores que los compraban, ¿qué pasaje tenian? Nada más cruel. Dígalo la isla de Haití que hoy llaman Santo Domingo: dígalo la de Cuba ó la Habana, donde con una calesa ó una golosina con que habilitaban á los esclavos, los obligaban á tributar á los amos un tanto diario fijamente como en rédito del dinero que se habia dado por ellos. Y si los negros no lograban fletes suficientes ¿qué sufrían? Azotes. Y las negras ¿qué hacian cuando no podian vender sus golosinas? Prostituirse. ¡Cuevas de la Habana! ¡Paseos de Guanabacoa! hablad por mí.

¿Y si aquellas negras resultaban con el fruto de su lubricidad ó necesidad en las casas de sus amos, ¿qué se hacia? Nada: recibir con gusto el resultado del crimen, como que de él se aprovechaban los amos en otro esclayito más.

Lo peor es que, para el caso, lo mismo que en la Habana se hacia á proporcion en todas partes, y yo en el dia no advierto diferencia en la materia entre aquel siglo y el presente. Crueldades,